

Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS / CEIP León Trotsky. 318 páginas.

“Un siglo después, los marxistas y la Primera Guerra Mundial”¹

Por Guillermo Iturbide (traductor y editor de la obra)

“Nosotros, revolucionarios marxistas, no tenemos ninguna razón para perder las esperanzas. La época en la cual estamos entrando ahora, será nuestra época. El marxismo no está derrotado. Al contrario, si bien el estampido de la artillería en todos los campos de batalla de Europa significó la bancarrota de las organizaciones históricas del proletariado, también proclama la victoria teórica del marxismo. ¿Qué queda ahora de las esperanzas de un desarrollo “pacífico”, de la mitigación de los contrastes de clase, del tránsito gradual al socialismo? (...) La guerra, por lo tanto, no resuelve la cuestión obrera sobre una base imperialista. Al contrario, la intensifica, planteando como alternativa para el mundo capitalista la guerra permanente o la revolución permanente. (...) Nosotros, los socialistas revolucionarios, no queríamos la guerra. Pero no le tememos. (...) Ponemos manos a la obra entre el rugido de los cañones, la destrucción de las catedrales y el alarido patriótico de los chacales capitalistas. Mantendremos claras nuestras ideas en medio de esta infernal música de muerte. Nos sentimos la única fuerza creadora del futuro. Somos muchos más de lo que parecemos. Mañana seremos mucho más numerosos que hoy. ¡Sesenta y siete años después de la publicación del Manifiesto Comunista, millones de hombres se agruparán bajo nuestra bandera, hombres que no tienen nada que perder, salvo sus cadenas!”²

En este mes de octubre, mientras usted lee esta revista, se está cum-

¹ El presente texto fue publicado anteriormente en la revista *Ideas de Izquierda* n° 14, de octubre de 2014.

² León Trotsky, “La guerra y la Internacional” [octubre de 1914], en Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS / CEIP León Trotsky. pp. 155-157. En adelante pondremos entre corchetes, en el texto, el número de página donde se pueden encontrar los textos.



pliendo un siglo desde que se escribieron las líneas de aquí arriba. Seguramente al lector lo arrebate la belleza del estilo y, por lo demás, si piensa que tres años después su autor dirigió la Revolución rusa, entonces le parezcan sensatas. Pero si se ubica mentalmente en 1914, se dará cuenta de que la gran mayoría de los lectores de ese entonces deben haber pensado que León Trotsky era un serio candidato a un lugar en un hospital mental... En ese escenario, en el campo de la teoría, se estaba produciendo una enorme renovación.

El fundamento de una reelaboración del marxismo, centrado en el combate

Marxistas en la Primera Guerra Mundial, la antología que acaba de publicar el IPS y el CEIP León Trotsky, explora el nexo entre dos “instituciones” aparentemente separadas y opuestas: la guerra y la revolución.

En el partido más importante de la Segunda Internacional, la socialdemocracia alemana, Franz Mehring es el primero en llamar la atención del movimiento obrero sobre la necesidad de estudiar los problemas de estrategia militar, con la publicación de la obra sobre la historia de la guerra de Hans Delbrück. Luego, en el debate alrededor de la huelga de masas, protagonizado por Rosa Luxemburg por un lado, y Karl Kautsky por el otro, este último toma los conceptos desarrollados por Delbrück sobre los dos tipos de estrategias de la guerra moderna,³ para utilizarlos en la polémica: el movimiento obrero debe adoptar una “estrategia de desgaste” que, en su adaptación a la política socialdemócrata, implica evitar lo más posible el enfrentamiento con el Estado e ir conquistando posiciones en forma gradual hasta ir “agotando” al enemigo. Quedaba claro que aquí la alusión a la guerra no era más que una metáfora. La famosa fórmula de Clausewitz

³ Ver Anderson, P. (1976) “Kautsky y la ‘estrategia de desgaste’” en *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontamara. Pp. 100 – 105.

de que “la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios” aún no había sido asimilada conscientemente por el marxismo y traducida a una estrategia política revolucionaria de los trabajadores antes de la guerra de 1914.

En los años inmediatamente previos a la guerra, cuando se consolida la burocracia de los partidos socialdemócratas y de los sindicatos, tiende a fortalecerse mayoritariamente entre los socialistas una concepción de la guerra y la política como dos instancias mutuamente excluyentes. No obstante, es el ala izquierda de la Internacional quien tiende puentes entre ambas. Lenin y Rosa Luxemburg fueron redactores del “Manifiesto contra la guerra del Congreso de Basilea de la Segunda Internacional” (1912) [41], donde plantean no solo medidas para evitar el peligro de guerra, sino que, además, plantean cómo continuar una política revolucionaria durante la guerra en caso de no poder evitar su estallido. Lenin en 1915 se dedica a una reelaboración del marxismo partiendo de criticar las falencias de la teoría predominante en los tiempos de preguerra de la Segunda Internacional.⁴

Carl Schmitt consideró a las notas de Lenin sobre Clausewitz como “uno de los documentos más formidables de la historia universal y de las ideas” (Teoría del partisano). Una parte clave de esta reelaboración pasa por acometer la “traducción” de la famosa fórmula de Clausewitz, donde ya la relación entre guerra y política obrera no es una simple metáfora, como era para Kautsky, sino que guarda relación con el carácter de la nueva era que se abre en 1914: la época imperialista, caracterizada por crisis sociales,

⁴ Hay estudiosos actuales de la obra de Lenin, como el académico canadiense Lars Lih, que sostienen que esto no es así, sino que en realidad el revolucionario ruso simplemente siguió sosteniendo lo que había sido el pensamiento de Kautsky hasta 1909 (con su libro *El camino al poder*). Creemos que esta visión subestima la apropiación que hace Lenin de la obra de Clausewitz y su estudio de la dialéctica hegeliana, que tendrán repercusiones posteriormente en un horizonte estratégico de la Internacional Comunista cualitativamente diferente al de la Segunda Internacional de la preguerra.



políticas y económicas, por guerras y por revoluciones, lo cual impone a la política obrera despojarse de su visión gradualista y prepararse para un escenario más convulsivo, donde los enfrentamientos de clase ya no pasan solamente por huelgas y manifestaciones más o menos pacíficas, sino que llevan frecuentemente a enfrentamientos violentos.

Aun con discusiones, solamente el ala izquierda agrupada en la Conferencia de Zimmerwald llevará a cabo esta política en la Primera Guerra Mundial. Es llamativo también que luego, en la década de 1930, ante la perspectiva de la Segunda Guerra Mundial (y donde ya no solamente la socialdemocracia jugará un rol contrarrevolucionario, sino también el estalinismo), prácticamente todos los grupos socialistas de oposición y sus organizaciones internacionales se disolverán ante el estallido de la guerra en 1939, a excepción de la Cuarta Internacional, que pudo enfrentarla armada con las lecciones de la izquierda zimmerwaldiana⁵ de la Primera Guerra y así sobrevivir al final de la guerra en 1945, luego de haber tenido que luchar, con debates y diferencias, en condiciones extremadamente difíciles.

La lucha de clases también atraviesa la guerra, primero intrincadamente, luego en forma abierta

En 1887, Friedrich Engels formuló una profecía terrorífica. El compañero de ideas de Marx no era precisamente un místico. Esa visión simplemente se deducía del análisis de las tendencias del capitalismo, que en las últimas dos décadas del siglo XIX se desarrollaba febrilmente.

Una guerra mundial de una magnitud y una violencia hasta hoy impensables. De ocho a diez millones de soldados se matarán entre sí (...) La

⁵ Por la Conferencia de Zimmerwald de 1915, donde se reunieron los socialistas europeos opositores a la guerra.



destrucción de la Guerra de los Treinta Años comprimida en tres o cuatro años, extendida por todo el continente.⁶

El desarrollo de la carrera armamentística entre los Estados imperialistas y las disputas por la hegemonía colonial en esos años llevó a ampliar enormemente los ejércitos y al empleo de la conscripción masiva, en vez de contar solamente con ejércitos profesionales, como antaño. Engels pensaba que esto traería inestabilidad en las fuerzas armadas, introduciendo en el pilar del Estado burgués las contradicciones de toda la sociedad y las haría más vulnerables a la difusión de ideas revolucionarias. Pero esta desventaja estaba compensada, en la visión de Engels, por el desarrollo paralelo de la tecnología militar y las vías de comunicación que permitiría intermediar más en los choques directos entre ejércitos y hacer más rápidos los combates.

Con la experiencia de la revolución de 1905 a cuestas, Trotsky ya no estaba muy seguro de que esto último fuera una barrera eficaz contra la revolución. La provisión y transporte de armas, y los ferrocarriles, dependen también de los trabajadores, y por lo tanto las huelgas en esos sectores serían una herramienta estratégica de los obreros que atacaría un área sensible del Estado y haría las tareas más difíciles a los Estados Mayores.

El desarrollo de las fuerzas productivas en las principales potencias europeas se expresó también en la carrera de armamentos, donde la competencia entre Estados llevó, hasta comienzos de la guerra, a un virtual empate tecnológico. Ante la capacidad mortífera de la artillería y nuevas armas como las ametralladoras, el combate frontal entre tropas de infantería dejó su lugar al predominio de la guerra de trincheras.

⁶ F. Engels, prefacio al folleto de Sigismund Borkheim, *Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten 1806-1807*, citado en Lenin, V. (1969) [1918] "Palabras proféticas" (1918) Obras Completas vol. 27. Buenos Aires: Cartago.



Esto tuvo enormes consecuencias sociales. Los ejércitos conscriptos europeos estaban formados, en su mayoría, por campesinos, junto a una minoría de obreros.⁷ En su Historia de la Revolución rusa, Trotsky dice que justamente esa revolución se podría haber dado en 1914, como continuidad del ascenso obrero que comienza en 1912; si esto no fue así se debió justamente a la guerra. La primera guerra imperialista solo podría comenzar partiendo de la derrota de la clase obrera como factor revolucionario (de la misma manera, la Segunda Guerra Mundial comenzó en septiembre de 1939, inmediatamente después del triunfo de los fascistas en la Guerra Civil española).

En Rusia predominaba el elemento político de un campesinado políticamente atrasado de millones, armado, y que súbitamente se veía involucrado en los destinos del país, frente a una clase obrera influida por los marxistas que se vio diluida. Sin embargo, tanto el sacudimiento de las condiciones de vida “normales” y apáticas del campesinado, como de los límites hasta entonces impuestos a la clase trabajadora, tienen un efecto psicológico y social brutal. Esta experiencia histórica colosal, que derribó de un golpe a la Internacional, oculta un peligro mortal para la misma sociedad burguesa. Semejante conmoción no puede menos que patear el tablero de las relaciones sociales tal y como estaban hasta ese momento:

⁷ La más notoria excepción fueron las Fuerzas Armadas británicas, que tenían una composición mayoritariamente obrera, acorde a su propia población. No obstante, no fue sino hasta 1916 que el Reino Unido estableció la conscripción. Hasta ese entonces solo era un ejército profesional donde se incorporaban voluntarios. Esto ha llevado a numerosos historiadores a hablar del entusiasmo nacionalista de los obreros británicos. No obstante, marxistas como Ian Birchall demuestran que esa supuesta “elección” masiva de alistarse como voluntarios estaba en gran medida determinada por enormes presiones por parte de los patrones y el Estado, para que los trabajadores hicieran su “esfuerzo patriótico”, incluyendo promesas de reintegrar a los despedidos a sus trabajos, o directamente amenazas de perder el empleo si no lo hacían. Ver Ian Birchall (1996) “The First World War”, disponible en su website: grimanddim.org [consultado en octubre de 2014].



“El martillo es arrancado de las manos del obrero y en su lugar se ha colocado el fusil. Y el obrero, atado de pies y manos a la maquinaria del sistema capitalista, repentinamente sale a la superficie y se le enseña que los objetivos de la sociedad están por encima de la felicidad individual, e incluso de su propia vida. Con el arma que él mismo ha fabricado, el obrero alcanza una posición en la que el destino político del Estado depende directamente de él. Aquellos que en tiempos normales lo explotaban y despreciaban, ahora lo adulan servilmente. Al mismo tiempo se familiariza con el cañón” [152]

¿Capitalismo sin militarismo?

Pero solo una pequeña minoría del movimiento socialista ligaba las perspectivas del fin de la guerra a la revolución. Dentro de las corrientes de oposición socialdemócratas predominaba abrumadoramente el pacifismo. El principal ideólogo de esta corriente era nada más y nada menos que Karl Kautsky. En el comienzo de la guerra, el “Papa” de la Internacional terminó de desarrollar su teoría del “ultraimperialismo”. Esta teoría partía de igualar al imperialismo con el militarismo. De esta manera, según Kautsky, el imperialismo no era un rasgo esencial del capitalismo contemporáneo, sino que era la expresión apenas de un sector de la burguesía, a saber, la del capital financiero y la industria armamentística, que estaba interesada, en función de sus intereses sectoriales, en la promoción de la carrera armamentística y la conquista militar de los pueblos coloniales con el objetivo de obtener mayores ganancias. Siguiendo esta teoría, la política imperialista de este sector burgués perjudicaba al interés común de la burguesía como clase en su conjunto, debido a que necesitaba arrastrar cada vez mayores cantidades de plusvalía de los sectores “productivos” de la economía para una industria parasitaria y que conllevaba grandes riesgos políticos.

De esta manera, para Kautsky y los pacifistas influenciados por él, el imperialismo no tenía base económica, sino que se trataba de un fenómeno puramente político. Consideraba a la explotación capitalista “normal” como un fenómeno pacífico, al que el imperialismo perturbaba, a raíz de lo



cual sería posible hacer una alianza de clases entre el proletariado y el sector de la burguesía “productiva”, no interesada en la industria armamentística, supuestamente interesada en hacer frente a la política imperialista, incluso en función de sus propios intereses como clase... La unificación política en una Unión Europea de Estados capitalistas sería la expresión de este “capitalismo pacifista”.⁸ Este sector participó de la Conferencia de Zimmerwald, donde constituyó su ala derecha. Lenin y los bolcheviques dirigieron el ala izquierda de la misma. Para Lenin, que estaba elaborando su teoría del imperialismo, no se puede separar la explotación capitalista de su constante tendencia a la expansión, y por lo tanto está necesariamente ligada al militarismo, por lo cual el capital financiero es el motor central.⁹

En términos generales, la Primera Guerra Mundial se trataba de una guerra interimperialista. No obstante, por la imbricación de diferentes Estados burgueses, abarcaba también otro tipo de conflictos, que desde el punto de vista de la revolución eran progresivos: por caso, la guerra de los Estados oprimidos balcánicos contra potencias imperialistas como Austria-Hungría que buscaba subyugarlos. Por lo tanto, su oposición a la guerra era opuesta por el vértice al pacifismo: se trataba de una oposición a la guerra *imperialista*.¹⁰ En una guerra reaccionaria como esta, por lo tanto, los socialistas de las potencias imperialistas debían sostener una política

⁸ El análisis kautskiano del capitalismo por cierto no es una reliquia del pasado, sino que a comienzos del siglo XXI fue retomado por la corriente “autonomista” referenciada en Antonio Negri y su libro *Imperio*. Como se puede corroborar leyendo la polémica de Rosa Luxemburg contra Kautsky en “Utopías pacifistas” [21], Kautsky fue uno de los principales mentores de la utopía reaccionaria de una Europa capitalista unificada, plasmada en la UE actual con todas sus contradicciones.

⁹ En la antología se puede encontrar una excelente síntesis de Lenin de su teoría del imperialismo y su relación con la cooptación de un sector privilegiado de la clase obrera, en “El imperialismo y la escisión del socialismo” [269].

¹⁰ “Nosotros, los marxistas, diferimos tanto de los pacifistas como de los anarquistas en que reconocemos la necesidad de estudiar históricamente (desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx) cada guerra en particular. La historia ha conocido muchas guerras que, pese a los horrores, las ferocidades, las calamidades y los sufrim-



opuesta a la “paz civil” pregonada por la burguesía y la derecha socialdemócrata. Karl Liebknecht sintetizó esta idea en una proclama que los espartaquistas distribuyeron ilegalmente por calles: “¡El enemigo principal está en el propio país!” [189]. La clase obrera no podía menos que “desear” la derrota de su propio país, mantener la lucha de clases y continuar una política socialista independiente también durante la guerra. Esta última, en la nueva época imperialista, es una institución más que ha llegado para quedarse en forma permanente, y por lo tanto los marxistas tienen que hacer política también dentro de ella. Esta política no puede menos que debilitar el poder de fuego de las propias fuerzas armadas, debilitando su cohesión, extendiendo la lucha de clases también dentro del ejército.¹¹

En 1934 León Trotsky plasmaba las conclusiones a las que había llegado el Partido Bolchevique producto de la síntesis entre su propio punto de vista y el de Lenin:

“La experiencia de los años 1914-1918 demuestra, al mismo tiempo, que la consigna de paz de ninguna manera se contradice con la fórmula estratégica del “derrotismo”; por el contrario, desarrolla una tremenda fuerza revolucionaria, especialmente en el caso de una guerra prolongada. La consigna de paz adquiere un carácter pacifista, es decir estupidizante, debilitante, solo cuando juegan con ella los políticos democráticos y otros por el estilo; cuando los sacerdotes ofrecen plegarias por la rápida terminación de la matanza; cuando los “amantes de la humanidad”, entre ellos los socialpatriotas, urgen plañideramente a los gobiernos a hacer rápido la paz “sobre una base justa”. Pero la consigna de paz no tiene nada en común con el pacifismo cuando surge en los

ientos que toda guerra acarrea inevitablemente, fueron progresistas, es decir, útiles para el progreso de la humanidad, contribuyendo a destruir instituciones particularmente nocivas y reaccionarias (como, por ejemplo, la autocracia o la servidumbre), y las formas más bárbaras del despotismo en Europa (la turca y la rusa). Por esta razón, hay que examinar las peculiaridades históricas de la guerra actual”. Lenin, V. “El socialismo y la guerra” [julio-agosto 1915] [197].

¹¹ Sobre las diferencias entre Lenin y Trotsky en la Conferencia de Zimmerwald alrededor de la fórmula del “derrotismo”, ver el prólogo a *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*.



cuarteles y trincheras de la clase obrera, cuando se entrelaza con la consigna de fraternidad entre los soldados de los ejércitos enemigos y unifica a los oprimidos contra los opresores. La lucha revolucionaria por la paz, que asumirá formas cada vez más amplias y audaces, es el medio más seguro de “transformar la guerra imperialista en guerra civil”.¹²

Las conclusiones del rico acervo de los debates de la izquierda revolucionaria durante la Primera Guerra Mundial, que tuvieron a Trotsky como uno de sus principales protagonistas, le permitió cumplir la función que él consideraba como la más importante de toda su vida: ser el nexo entre la generación de la victoria de la Revolución de Octubre y la de los nuevos revolucionarios que debían enfrentar la Segunda Guerra Mundial, salvando así el honor y la continuidad del marxismo.



¹² “La guerra y la IV Internacional” [junio 1934], en AA.VV. (2004) *Guerra y revolución. Una interpretación alternativa de la Segunda Guerra Mundial*. Buenos Aires: CEIP. Pp. 134 – 165. Pág. 157.